

años, pareció oportuno al editor incluir esos dos capítulos nuevos, redactados a imagen de los anteriores, y que se extienden por los reinados de Don Javier y Don Sixto Enrique.

Se ha mantenido igualmente la «Portada a las Ediciones Montejurra», que sin firmarla escribió Francisco Elías de Tejada para el primer volumen de esa editorial por él creada y financiada. Como todos los textos salidos de su pluma es de gran expresividad e interés. Era el año de 1958. La Comunión sufría la persecución oficial del régimen de Franco e intentaba situarse del mejor de los modos para afrontar una guerra cultural y política que se avizoraba difícil. Esa labor cultural la prosiguió luego, pugnazmente, con vigor no siempre acompañado de mesura, con el Centro de Estudios Históricos y Políticos General Zumalacárregui y la Asociación de Iusnaturalistas Hispánicos Felipe II. La segunda, rebautizada como Consejo de Estudios Hispánicos Felipe II para ampliar el radio de su actividad, desarrolla una intensa actividad conforme a la voluntad del fundador, custodiada por la Fundación Elías de Tejada. El primero, en cambio, lamentablemente, ha caído en manos indeseables, que lo han hecho estéril en el mejor de los casos, pues en otros han alumbrado bastardos. Como quiera que sea, el Carlismo, puro e íntegro, pervive en la Comunión Tradicionalista y sus obras. Como esta colección «De Regno», que preserva el patrimonio moral e intelectual de las generaciones anteriores. Y que, así, permite poner a disposición de las nuevas generaciones, libros como este extraordinario compendio de la historia del Carlismo de quien fue presentado en su día por el profesor Elías de Tejada como «máximo historiador del Carlismo español», «pluma elegante y eruditísima», con la que nos cuenta «los afanes de la legitimidad contra la usurpación en las Españas decimonónicas». «Nada tan útil –remacha– para entender el auténtico pensamiento monárquico [...], indispensable para definir la presente coyuntura española». Me atrevo a decir que, aun en un contexto bien diferente, tal juicio sigue resultando exactísimo.

Miguel Ayuso

Federico Wilhelmsen, *El problema de Occidente y los cristianos*, 2ª ed., Madrid, Consejo de Estudios Hispánicos Felipe II, 2021, 210 págs.

De Frederick D. Wilhelmsen, que en España era conocido como Federico, mientras sus amigos llamaban Fritz en los Estados Unidos, *Verbo*, núm. 599-600 (2021), 1043-1063.

dos Unidos, he escrito muchas veces. Alegres algunas, como en su *Festschrift*, publicado en 1993 por su septuagésimo aniversario, con el título –suficientemente expresivo de su vida– *Saints, Sovereigns and Scholars*. Otras tristes, así los distintos obituarios que redacté a su muerte, en 1996, cuando se recuperaba de un cáncer de laringe y esperábamos alborozadamente tantas cosas de sus múltiples talentos como profesor católico volcado sobre la filosofía y la política. A veces sintéticas, como las introducciones a sus libros *Los saberes políticos* (2006) o *La mentalidad americana* (2018), ambos editados por mí, o la segunda impresión –por primera vez encabezada por su nombre, y no por el pseudónimo de «Un requeté», como en la primera de 1977– de *Así pensamos* (2011), que también impulsé, y a la que añadí el subtítulo de «Un ideario para la Comunión Tradicionalista». Otras, más pormenorizadas y circunstanciadas, como el extenso estudio «Frederick D. Wilhelmsen, tradicionalista hispánico», publicado dentro del dossier de la revista a *Fuego y Raya* dedicado a los «Maestros del tradicionalismo hispánico de la segunda mitad del siglo XX».

Aunque no es el momento de volver sobre dichas páginas *in toto*, sí puede serlo de recordar las coordenadas vitales e intelectuales de nuestro autor. Nacido en Detroit en 1923, de padre danés y madre suiza, emigrantes de primera generación en los Estados Unidos, a mediados los cincuenta entró en contacto con la cultura católica española. En 1957 se traslada a Ávila, donde vive hasta 1959, mientras se doctora en la Universidad de Madrid, pasando a residir en Pamplona entre 1961 y 1965, fecha en que regresa a los Estados Unidos, instalándose en Tejas como profesor de metafísica y filosofía política en la Universidad de Dallas. Allí murió, como he dicho, en 1996, con las botas puestas. No le abandonó, sin embargo, nunca la pasión española. Y volvió con frecuencia, sobre todo a los cursos que organizaba en El Escorial durante los veranos con el *Christian Commonwealth Institute*, fundado por él con otro legendario activista de la tradición católica (ganado también para la causa hispánica) en los Estados Unidos, Brent Bozell.

Uno de los descubrimientos que hizo en España fue el Carlismo, al que se adhirió con todas las fuerzas, de manera que en sus disposiciones funerarias dejó escrito que pusieran entre sus manos, con el rosario, la boina roja. Rafael Gamba, uno de los primeros amigos que hizo entre nosotros, escribió que «con nadie en Europa he hablado un lenguaje tan profundamente identificado como con aquel americano carlista que se llama Frederick

D. Wilhelmsen». Pero no se piense, frente a lo que algunos han creído erróneamente, en una suerte de motivación romántica para su adscripción carlista. El propio Gamba, en el mismo texto recién citado, aclaró que fue «precisamente el conocimiento profundo de la filosofía cristiana –y del tomismo en particular– lo que inspiró en el espíritu de Wilhelmsen su fervor por la Ciudad Cristiana, esto es, por la civilización forjada en la Cristiandad preluterana». Así como que, «por este cauce penetró en el sentido de la Contrarreforma y de la civilización del barroco o española». «Por él comprendió también el sentido profundo de continuidad y de lealtad histórica que posee el Carlismo español, su pervivencia hasta nuestros días y el significado de su gesta bélica».

Estas últimas líneas son la mejor y más quintaesenciada explicación del libro que tenemos entre manos. Con una sencillez y al mismo tiempo una profundidad admirables ofrece una maravillosa interpretación teórica de la Cristiandad, del impacto del Renacimiento (psicológico, político y religioso), de la relación dialéctica entre Renacimiento y Reforma protestante, del sentido de la Contrarreforma y el papel de España en ella, de la formación del absolutismo en Francia, del cinismo liberal y el mecanismo sociológico que se halla detrás del Estado de partidos, del comunismo como producto del liberalismo y la necesidad de escapar de la dialéctica que está en su base, de las limitaciones de las reacciones demócrata-cristiana y fascista...

Pero, al mismo tiempo, destaca igualmente por la penetración de muchos de sus juicios históricos. El capítulo sobre el democristianismo, por ejemplo, contiene un fresco notable de la situación de su tiempo, incluidas previsiones muy lúcidas, que algunos estarían tentados de llamar proféticas, pero que no lo son: sólo muestran la agudeza de su análisis. Lo mismo que las páginas propiamente españolas y carlistas: el sentido de la propiedad comunal, el significado de los fueros regionales, el papel ligado a la legitimidad familiar de la monarquía tradicional, sobre el telón de fondo de la unidad católica, constituyen una presentación actualizada del pensamiento carlista, comprendido en su significación última y más íntima, pero accesible a todos. Téngase en cuenta que el libro fue redactado a petición de José Arturo Márquez de Prado, a la sazón Delegado Nacional de Requetés. Pepe Arturo, como todos le conocían, desde principios de los años sesenta organizaba en su finca de La Zuhilla, en Extremadura, unos cursos de formación de jefes de requetés, y pensó en su gran amigo Federico para

impartirlos y, por qué no, para redactar un manual de apoyo. Esas jornadas pronto vinieron acompañadas de otras en el monasterio cisterciense de Santa María la Real de la Oliva, en la ribera de Navarra, en las que el día de Santiago de 1964, ante el avance de la que luego sería declaración conciliar *Dignitatis humanae*, los jefes de requetés reunidos hicieron juramento de defender la unidad católica de España contra la libertad religiosa. Como Wilhelmsen, que solía acudir a dichas reuniones, no pudo hacerlo en dicha ocasión, juró ante Márquez de Prado en la casa madrileña de éste. Pero, volviendo al libro, su origen divulgador y militante refulge en cada línea sin detrimento de su rigor. ¿Ha erosionado su valor el paso del tiempo? No me lo parece, por más que algunas de sus afirmaciones requirieran hoy de matices o, en ocasiones, incluso correcciones. Voy a referirme tan sólo a tres.

La primera no es menor: el papel del comunismo en el proceso disolutorio de la Cristiandad. Desde el inicio está presente el comunismo como el enemigo, lo que sitúa el discurso indiscutiblemente en un contexto histórico muy particular, el de la guerra fría. Se confundiría, sin embargo, quien pensara en el autor como un simple anticomunista. Ya en la introducción distingue con claridad, frente a la amenaza comunista, entre dos tipos humanos que encarnan en sendos grupos: el de los que dependen totalmente de la doctrina que combaten y el de los que poseen una independencia de ésta, por más que la hayan modulado de resultados de la lid. Más aún, postula la necesidad de enfatizar la segunda línea, que es la de los hombres de la tradición española, frente a progresistas, liberales o demócrata-cristianos. La línea divisoria es trazada con acierto, si bien su aplicación concreta muestra alguna vacilación. Así, la democracia cristiana o el progresismo vienen presentados en términos de una pura reacción contra el comunismo. De lo que no estoy tan seguro. En el mismo liberalismo, que por el contrario no permite una tal reducción, destacándose así justamente su condición de antecedente del comunismo, pues éste sería más bien una reacción frente a aquél, se pone el acento a continuación en su disposición –a la sazón– a negociar con el mismo. Es también inicialmente acertada la explicación de la funcionalidad respecto del comunismo de neutralismo, pacifismo y nacionalismo tercermundista. Pero de inmediato hay que advertir la limitación de tal visión examinada con más profundidad. Alguna forma de americanismo tiene tanto o más que ver en sus orígenes que el comunismo, al margen de la habilidad instrumentalizadora de

éste. En concreto, no acierta cuando ve el comunismo detrás del resentimiento contra los yanquis en Hispanoamérica y afirma, de resultas, que sirve concretamente al comunismo. Se podrían multiplicar los ejemplos en tal sentido, pero baste el de los tradicionalistas auténticos que se hallan esparcidos por el continente. A diferencia de la actitud de todos los en verdad conservadores (por tanto liberales), aunque se profesen contrarrevolucionarios, siempre complaciente con la política estadounidense.

Por aquí llegamos a la segunda, que procede precisamente del americanismo. El autor habla de «aquí» y «nosotros», referido a España y los españoles, pero su condición genética no puede –justamente– menos que aparecer. A través del concepto, equivoco, de Occidente. Y le dificulta ver que el verdadero enemigo es el liberalismo, no tan anticuado como cree, sino radicalizado en la tesis de la sociedad abierta, que en cambio denuncia con lucidez, tanto en su imposibilidad teórica (no puede existir ninguna sociedad que no persiga algún fin) como en su imposibilidad práctica (en cuanto sólo puede realizarse parcialmente). Su explicación y defensa de la ortodoxia pública constituyen, sin embargo, el más rotundo mentís a algunas de las debilidades exhibidas en su presentación de un panorama en que faltan como actor principal, entre los villanos, los Estados Unidos. Esto es, si el análisis filosófico resulta siempre impecable, no así su aplicación a la coyuntura histórica. Sobre todo con el comunismo o los Estados Unidos de por medio. En esto vio con más claridad su amigo, y conmilítón de tantas batallas, en el seno del llamado *conservative movement*, aunque más heterodoxo y de matriz afrancesada en lugar de hispánica, Thomas Molnar, quien puso la clave de bóveda de su especulación en la hegemonía liberal. Es el consumismo de base americana al que había que temer más que al mismo comunismo.

La tercera y última está referida a la visión de España y, de resultas, del Carlismo. También aquí, como implícitamente hemos visto respecto de los Estados Unidos, se advierte una cierta dosis de optimismo. No vio la debilidad de España, que consideró equivocadamente –ay– más sólida de lo que era. El desfondamiento religioso provocado por el Concilio no puede atribuirse en exclusiva a éste, sino también a causas internas, cuyo peso no termina de calibrar. El desmedulamiento social y político, en parte provocado por el anterior, deriva también de la inautenticidad del régimen político franquista, que no denuncia suficientemente, quizá porque la censura oficial existente lo dificultaba. Es verdad

que, en cambio, se describe con tonos críticos vivísimos tanto la monarquía liberal como la que denomina «monarquía técnica», apuntando a ciertos sectores del Opus Dei, que llevaban el agua al molino de la dinastía liberal. Monarquía liberal y monarquía técnica, como demostraron los hechos, no eran sino los dos brazos de una misma estrategia. Y esto Wilhelmsen lo divisó con claridad. Una advertencia más en relación con la descentralización y el regionalismo. Nuestro autor insiste, con razones que proceden de la veta del mejor foralismo, en la defensa de éstos. De manera que alguno podría concluir que el curso de los acontecimientos no se ha desviado de sus propuestas. Apreciación que resultaría equivocada. Pues la regionalización o federalización presente de España nada tiene que ver con lo que ha postulado siempre el Carlismo y Wilhelmsen recuerda tan oportunamente. Las regiones no han reconquistado nada, al contrario, se ha proseguido la destrucción de los restos del derecho foral, sustituido por un derecho autonómico de matriz racionalista, semejante al Derecho estatal pero emanado de los Parlamentos regionales. Lo denunció el gran jurista Vallet de Goytisolo. Como Rafael Gamba o Álvaro d'Ors, por no citar más que amigos de nuestro autor, en el campo político no dejaron de observar la raíz revolucionaria del Estado de las Autonomías.

Podemos ver, en resumen, cómo la propuesta de futuro contenida en la última parte del libro, en buena parte ya entonces inviable por la evolución del régimen político vigente, y que podría haber inaugurado un camino de esperanza, hoy sería más necesaria para enderezar un rumbo torcido, si bien resultaría aún más difícil, por sumarse no sólo el cambio de España, sino también el del mundo y, sobre todo, de la Iglesia. Tampoco ha transitado el Carlismo una senda mejor. Wilhelmsen encontraba que no había comparación entre el Carlismo y, por ejemplo, el jacobitismo, en cuanto a su implantación social y peso intelectual. Sigue siendo así, pero la distancia se ha acortado enormemente.

Concluamos. Es un libro extraordinario tanto en su dimensión filosófica como en la histórico-sociológica. Contiene una de las más brillantes explicaciones del proceso de disolución de la Cristiandad. Y ofrece una de las presentaciones más nucleares del Carlismo. Las observaciones anteriores sólo pretenden incitar a la lectura de un libro escrito hace casi sesenta años por un americano hispanizado, hasta el punto de haberse carlistizado, y de poner en su contexto algunas de sus siempre inteligentes observaciones.

Miguel Ayuso